

Antúñez, Lecaros, Puelma, Rojo

Por Waldemar Sommer

LUEGO de la importante retrospectiva del año pasado, se imponía mostrar la tan fecunda labor de Nemesio Antúñez en el campo del grabado. Es lo que, enhorabuena, emprende hoy Galería Praxis. Se trata de la exposición de un desarrollo de imágenes genuinas, concebidas y retomadas a lo largo de más de cuatro décadas (1946-1989). Sin embargo, lo mismo que a la retrospectiva de 1988, cabe hacer a la actual un único reproche: la ausencia de un ordenamiento cronológico estricto, que permita al público primerizo el seguir, sin obstáculos, el proceso evolutivo de Antúñez.

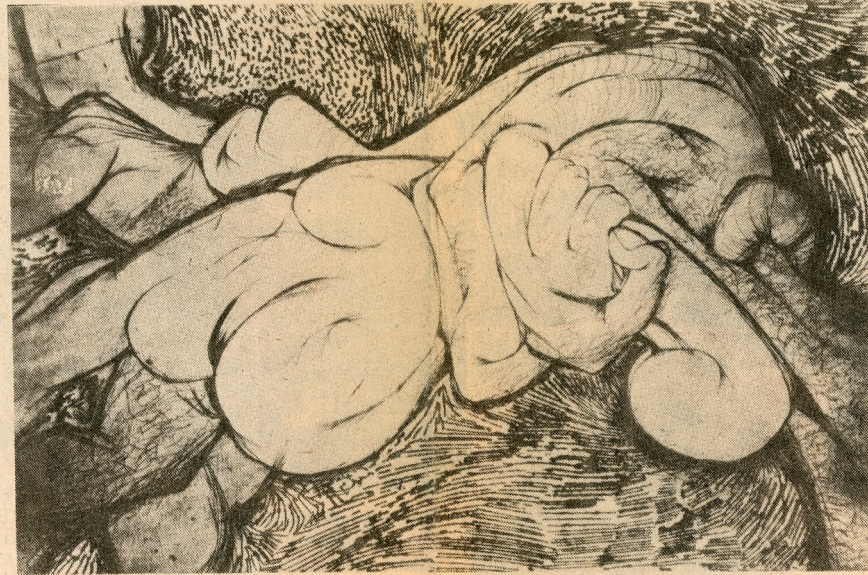
Si bien la recurrencia iconográfica resulta bastante permanente y un decidido hábito onírico se desprende, indescubierta, de la producción entera del autor, podemos establecer, dentro del conjunto expuesto, ciertos periodos definidos. Aparece, así, una época inicial, en Nueva York, que abarca entre los años 1946 y 1950. Las primeras planchas ofrecen una abstracción fuerte de figuras y de agrupamientos humanos vistos de cerca. Algo de mural ornamental suelen poseer esos trabajos tempranos, que saben ostentar riqueza de grises. En seguida, el ingrediente surrealista se acentúa, recogiendo ecos de Matta, de Lam, en alguna medida de Picasso —los "Manatiados", por ejemplo—. Al mismo tiempo, el hombre despliega su corporeidad, apenas reconocible, a través del tema de los acróbatas, de la pareja humana —notable es, en ese sentido, el vigor del admirable aguafuerte "Two-gether"—, también ya de la multitud. Si este último será uno de los asuntos más hermosos y característicos del expositor, en el segundo latén gérmenes de los "tangos".

Con 1951 y la residencia en París, a su personal representación de la muchedumbre —acá encarnada en optimistas rondas infantiles—, se suman los cubiertos de mesa y la imaginaria fructífera de los manteles a cuadros. Se impone ahora una figuración mayor y un intimismo, el cual adquiere sensualidad doméstica en los grupos familiares. Por su parte, curiosas y lindas escenas costumbristas —"El sastre", "El zapatero"—, con mucho de estampa popular, constituyen una modalidad argumental nueva. Ella es retomada acaso, en Santiago y hacia 1955-1958, por medio de "Lavandera" —recuerda a Degas— y, sobre todo, por el audaz y arriesgado apropiamiento de las figurillas folclóricas de Quinchamalí. Sin embargo, logra salir airoso del desafío, animando con estas tiernas escenas de un fantasmal teatro de títeres.

Pero, antes de eso, en 1954, alumbraba Antúñez el mundo abstracto de la mineralogía, de la entraña de los volcanes y de las aguas, con piezas coloreadas y de aire monumental.

Poco después, y durante la fase santiaguina, tenemos otras novedades: además de imprimir a su muchedumbre la disposición de un desfile popular, nos entrega las bicicletas, las botellas ocasionales, las sillas —por momentos rotas, y junto al mantel y a un sol rojo—.

De los años 60 no se hallan testimonios en la retrospectiva de Praxis. La década del 70, en cambio, aporta piezas interesantes. De ese modo, su interpretación de los grupos humanos en la actividad deportiva crea quizá el par de láminas con formas más serenas, minuciosas y estables de toda su obra: las coloreadas y santiagueñas canchas de fútbol, de 1972. Y bajo el símbolo del deporte nacen, tiempo después, en Barcelona, originales estadios. Concebidos éstos como una amalgama unitaria de altar, vitrina ciudadana y cerrada caja del juego "taca-taca", con su lámpara colgante, alcanzan a provocar la estampa gráfica, probablemente, más trágica del artista: "Estadio negro" —1978—, síntesis pasmosa de formas, espacio y concepto. De similar año resulta el vigoroso "Observatorio en la ciudad", figura solitaria y enigmá-



Two-gether. 1947.
Aguafuerte de
Nemesio Antúñez.

tica que, con su ojo-luminaria, consigue la agresividad visceral de los personajes de Matta.

En la década fecunda del 70 hay que incluir la imaginativa serie de "camas" —en cierta medida, reencarnación del mantel— y las parejas de tango. Un trasfondo rugoso, evocativo de nuestra cordillera de los Andes, suele acompañar a bailarines y durmientes. Los dos argumentos recién anotados nutren, asimismo, los años 80. A ellos se añaden, entonces, bañistas, mientras la conocida multitud urbana consigue desarrollos flamantes y se insufla vitalidad renovada a imágenes tempranas. Así ocurre en la muy bella serigrafía en colores "Valparaíso 8 P.M.". Una vez recorrida con detenimiento la muestra, nos invade la certeza de que Nemesio Antúñez, por intermedio de pintura y gráfica, crea arte con igual eficacia.

El candoroso mundo femenino, los vestigios de un surrealismo sutil y la espiritualidad trascendente de Juanita Lecaros, brillan fructuosos, también a través de sus pinturas de la década presente. Es cierto que su exhibición actual, en

los Arcos de Bellavista, ofrece cuadros harto mejores que otros, dentro de un nivel de fisonomía inconfundible. Destaquemos, entonces, el tan hermoso y vibrante "El rosario" (1987), contrapunto notable de rostros, o "La pavita" (1989), encarnación misma de las maravillas volátiles del paraíso ingenuo. Pero otras aves suyas no quedan demasiado a la zaga: "El tucán" y ese misterioso, inquietante "Pájaro onírico". Tampoco pueden omitirse "Flores" y floristas; en primer término, la lindísima escena dedicada a su hermana Teresa.

Entre las demás telas con figuras humanas están la con encantadores protagonistas asomados a un par de ventanas (1988), y dos retratos: el de su madre —¡qué elegancia en la actitud!— y uno masculino, menos espontáneo, pero donde el esfuerzo constructivo llega a excelente puerto, donde las manos del personaje alcanzan la elocuencia mágica del sueño. Entretanto, la interpretación de Lecaros de "Chernobyl" resulta, a un tiempo, asombrosa y plenamente positiva. Completan la exposición ciertas pinturas espléndidas de la década del 50 y un muy buen conjunto de grabados, en especial de 1961 y bien próximos a la gráfica popular de comienzos de siglo.

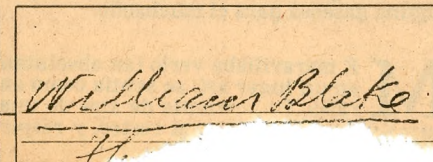
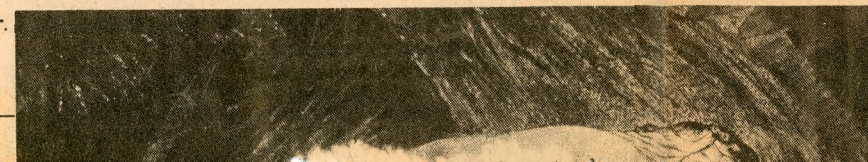
Parte de su futuro y cuantioso envío a Japón muestran, en Galería Arte Actual, Benito Rojo y Hernán Puelma. Del primero hay ocho amplias pinturas, ejecutadas ahora con medios que son los de veras idóneos del autor. Interesa, pues, su rescate acá del paisaje nortino; informalistas texturas matéricas, que dejan entrever su entraña mineral, se asocian a vestigios vivientes, encarnados ya en siluetas de peces —convierten ellos la imagen en torrente auténtico de desierto—, ya en signos elementales del existir humano —geometría de damero, de vallas de tránsito, de restos textiles y de construcción—. La ausencia aquí de toda atmósfera física es compensada por los pequeños ventanales del recuerdo, que se insertan sobre el panorama puramente terrestre. Bajo su espacio celeste, ostentan éstos esfumadas visiones paisajistas o, en cierto instante, una ciudadela minuciosa de ensueño. Destaca el equilibrio formal y la calidez expresiva de tres de tales cuadros: las "ventanas a mi paisaje infantil, interior y clásico".

Las ocho esculturas de Puelma, recubiertas con laminado de cobre y de una sensualidad casi oriental —no dudamos que gustarán en Japón—, orientan de nuevo su intenso expresionismo figurativo, su feísmo pop y proteico, hacia un humor burlesco, directo. En soliloquio o en dúo, estos personajes tienden a ser siempre el mismo hombre, aunque en actitudes distintas. Sin descartar en ellos riesgos futuros de monotonía, manifiestan bien no poco de la estupidez y violencia de algún sector de nuestro mundo contemporáneo.

Blake,...

Viene de la E 1

Nabucodonosor.



Poema de
Blake
traducido por
Gabriela
Mistral.

caricatura, como Gracián.

co de fuego parecido a una moneda. Oh, no, no, yo veo una